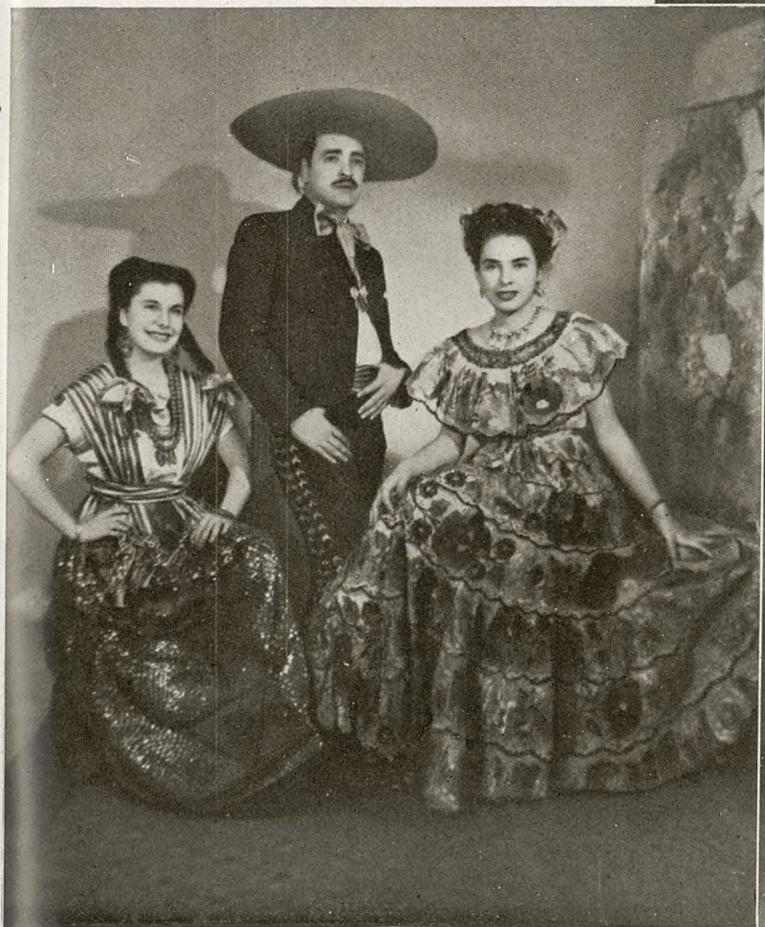


EL CHARRO MEXICANO



ESCUELA DE FORMACION DE CARACTER...



ERA D. Luis de Velasco, Virrey de La Nueva España, "un lindo hombre a caballo". Era especialmente de su agrado alancear, en los corrales que se improvisaban en la Plaza del Volador, los toros que para el objeto le eran traídos de la Hacienda de Cazadero, en el Estado de Querétano. Bien pronto hubo de conocer la posibilidad de agregar a sus habituales ejercicios de equitación algunos nuevos nacidos al dictado de las necesidades de la tierra recién conquistada. Como tales ejercicios no podían practicarse con comodidad en las sillas hasta entonces usadas, comenzaron a introducirse modificaciones en ellas y al propio Virrey tocó el haber ideado el fuste de lo que, andando el tiempo, llegaría a ser silla charra.

No hay que extrañarse ante la afirmación de que D. Luis de Velasco pudiese alancear toros en México y que hubiese conocido nuevos ejercicios practicados por los naturales de estas tierras, a pesar de que se recuerde que no existía en América, antes de la venida de los españoles, el ganado mayor, muy especialmente el caballo. Cierto es que cuantas crónicas de la época de la conquista tomamos en nuestras manos, nos hablan del papel tan importante jugado por el caballo en cuantas batallas se libraron entre indígenas y españoles, ya que ante él huían los naturales, presa de temor supersticioso, creyendo que caballo y caballero formaban un solo y mitológico ente.

REBAÑOS Y MANADAS

Pero también es cierto que algunos de los pocos caballos inicialmente traídos por los conquistadores escaparon de sus dueños y se dieron a recorrer en libertad las amplísimas tierras del Nuevo Continente, reproduciéndose con asombrosa rapidez, al igual que el ganado vacuno traído en la primera época de la Conquista.

El resultado fué que bien pronto los propietarios de haciendas contaron con numerosas cabezas de ganado, tanto caballar como bovino, que pacían en los inmensos agostaderos del territorio mexicano. Era un ganado cerril, al que sólo era posible someter al mando del hombre por medio de la fuerza. Y para emplear la fuerza con éxito frente a la del bruto, el hombre hubo de completarla con la inteligencia, la habilidad, el arte, creando las prácticas que hoy aparecen a nuestros ojos casi como meras suertes o ejercicios: lazar, jinetear, colear, amansar, arrendar, etc.

Bien pudiera ser que quien creó algunas de estas suertes, el lazar, por ejemplo, haya sido, más que un hacendado o sus sirvientes, algún indígena o mestizo desheredado, que de este medio se valiese para hacerse de la cabalgadura, tomándola con buen uso de fuerza y no menor habilidad de alguna manada o rebaño que, como cosa sin dueño, encontrase libre en el campo.

Pero tal uso semifurtivo no pudo pasar de ser accidental. Las artes del charro hubieron de aplicarse ahí donde eran necesarias para lograr la efectividad del trabajo, y fueron las haciendas ganaderas las que presenciaron el desenvolvimiento y perfeccionamiento de tales ejercicios.

En estas páginas publicamos diversas fotografías de películas mexicanas alusivas al indumento y a las costumbres charras, así como también del carnet y de la licencia de armas de un particular (Gildardo González) y de los típicos arreos con que enjaezan sus caballos los charros de México.



Se vivía, además, en una época en que el trabajo no constituía en manera alguna desdoro para quien lo practicaba, sino que, por el contrario, el saber realizar una tarea era motivo de orgullo para su ejecutor, como era condición indispensable, para quien mandaba, saber ejecutar lo que pretendía que otros hiciesen en su servicio.

EL MEJOR CHARRO

El hacendado tuvo que ser entonces el mejor charro entre los charros que tenía a sus órdenes. Los términos "patrón" y "amo" llevaban, al mismo tiempo que su particular significado, el de maestro. Seguía al patrón en poder de mando quien, después de él, seguía en saber y por ello había sido nombrado como "caporal". Después de ambos, los ayudantes y vaqueros, pugnando todos y cada uno por superar en habilidad a sus compañeros, por el deseo de mayor perfección en el trabajo y por alarde de virilidad, puesto que las faenas requerían la hombría completa de su ejecutor.

Así, las labores charras formaron un carácter especial en sus ejecutores y el tipo del charro pasó a ser el tipo mexicano por excelencia. Sus cualidades principales eran el valor, la fuerza y la capacidad de sacrificio.

El valor, porque continuamente había que ejercitarlo al enfrentarse a la poderosa bestia cerril, ya fuera para amansarla, convirtiendo un caballo salvaje en caballo de silla, o para derribar un toro y curarlo, marcarlo o herrarlo. Quien con miedosos titubeos montaba un caballo, era incapaz de dominarlo: aun perdura la sentencia de que el caballo conoce perfectamente a quien lo monta. Era imposible, también, sin valor, acercarse siquiera a un toro para lazarlo o colearlo.

Requería también ser fuerte. Y no por cierto con la ostentosa fuerza del clásico hércules de circo, cargado de músculos inútiles, sino con aquella sencilla —reciedumbre y agilidad— exigida por los ejercicios que se practicaban.

Parece inútil referirse a la capacidad de sacrificio. Basta con imaginarse las largas jornadas a caballo, sufriendo toda suerte de inclemencias del tiempo, sin tener a mano, muchas veces, lo necesario para la alimentación y teniendo que bregar continuamente con animales rebeldes a todo mandato del hombre.

Estas eran sus cualidades salientes, aunque no era ajeno al espíritu de superación, a que ya hemos aludido, y al de iniciativa, al cual tenía que recurrir a cada momento, lo mismo para volver al rebaño un animal rebelde que para salvar su cabalgadura, con un ágil movimiento de rienda, o a un compañero en peligro, con una rápida intervención.

EL CHARRO MILITAR

En cuantas ocasiones hubo de hacer uso el charro de estas cualidades, no ya en sus faenas ordinarias, sino en los momentos de peligro para la patria, lo mismo en la época de la Nueva España (defendiendo sus bienes, su vida y su territorio contra las incursiones de los piratas) que en la época del México independiente, luchando contra las naciones extranjeras que buscaban aprovecharse de su debilidad —producto de incontables luchas intestinas— para medrar en su beneficio.

Y cuantas revoluciones vieron al charro galopando, abnegado y valeroso siempre, tras un ideal de mejoramiento que tal o cual plan le proponía, desde la Guerra de Independencia hasta la última revolución de 1910! Y eran charros lo mismo los voluntarios que se alistaban por tiempo limitado en las filas que los componentes de la caballería del ejército regular,



no importa qué uniforme llevarsen. Todos montaban en silla vaquera mexicana y a ninguno de ellos faltaba, como si se tratase de un arma, la reata amarrada a ella.

Pasó la época del latifundio. Las haciendas ganaderas, en vez de ser contenidas dentro de razonables límites, fueron también presa de la furia de partir y repartir a tontas y a locas. El ganado mexicano redujo rápidamente su número y, consiguientemente, el charro, careciendo de una tarea a realizar, tendió a desaparecer.

Hoy se refugia su espíritu, su apego a una tradición tan mexicana, en unos cuantos hombres que, sorteando hasta donde les es dable las inseguridades del campo, se mantienen apegados a una tierra que no han podido abandonar, o en otros que dentro de las ciudades añoran los tiempos en que, lo que hoy practican como simple ejercicio de remembranza, era labor vital. Y en la madrugada montan en su cabalgadura y recorren, a falta de un campo rico en ganadería, las calles de los suburbios de su ciudad.

TRAJE CHARRO

Pero, afortunadamente, allá va aún el charro mexicano, relicario de una tradición y de un espíritu que es necesario que se conserven como fuerza salvadora para México.

Allá va con su traje, que a las leguas grita su clara ascendencia española. Bajo su sombrero, el típico jarano, hijo legítimo del andaluz, cuando volvemos los ojos a la historia, lo vemos en su primera aparición, tan semejante al que en la actualidad usan los picadores; para contemplarlo después, ya en los primeros años de este siglo, con grandes y arriscadas alas y con una copa enorme y puntiaguda.

Allá va ahora, con su jarano de formas más sobrias, ya casi generales a toda la República, a pesar de las ligeras modificaciones que las diferentes regiones imponen... Luce en él, con orgullo, las "loquillas", esas prendas de galón de seda, de cuero, de cerda o de hilo, que circundan el sombrero por fuera, pegadas a la copa, alrededor de su parte más baja, descansando en el ala, y que no sólo constituyen un adorno, sino que sirven para proteger la cabeza en caso de golpe y para evitar que el sombrero se deforme, y las "chapetas" que adornan los lados de la copa. Ha cuidado celosamente de que no falte a su sombrero el "barboquejo", pues sin él no quedaría sujeto y estaría en peligro de caer en cualquier movimiento del caballo.

Su traje no es sino una adaptación del salmantino, y bueno es recordar cómo el campesino de Salamanca también lleva el nombre de charro. El mexicano usa la chaqueta corta adornada en la forma que sea conveniente, según el momento en que haya de usarse. Siempre habrá de ser corta y, para charrear, preferentemente de cuero, por ser más resistente y prestar alguna protección a quien la usa.

El calzón salmantino ha cambiado su nombre por el de "pantalones", prendas un tanto ajustadas a las piernas, llevando comúnmente aletones a cada lado; salvo para vestir de gala, pues entonces se usa pantalón con botonaduras o bordados, en vez de aletones. "La calzonera", que se caracteriza por llevar aberturas a los lados, que se cierran con botonaduras, son ya poco usadas.

El charro lleva también, sobre el pantalón, las "chaparreras", que no son más que los zahones españoles, un tanto modificados, ya que los charros tuvieron que alargarlos para protegerse las espinillas al colear, suerte desconocida en la Madre Patria, agregando, además, dos rozaderas, una en cada pierna, para resistir las "chorreadas" de las reatas.

Ni el calzado debe descuidar en sus arreos. Sus zapatos han de ser sin punteras, botones o cintas; de una pieza y con elásticos a los lados. Deben ser también fuertes y con tacones un poco altos y rectos, para que la espuela pueda ser ajustada sin dificultad y con seguridad. Suele usarse también la bota, en vez del zapato.

Rematan la figura del charro las espuelas, que no son sino transformaciones y adaptaciones, según el objeto para el que habrían de usarse, de las espuelas españolas. Las mexicanas pueden clasificarse en dos tipos fundamentales: las jinetas, taloneras, con largos casquillejos y grandes rodajas, y las coleadoras, taconeras, de casquillejos cortos y rodajas pequeñas.

Usa también el "sarape", manta de abrigo que, cuando no se lleva puesta, va arrollada y colocada detrás de la teja y sujeta, por medio de los tientos saraperos que los fustes tienen o deben tener, a cada lado de la teja, donde termina. O, en vez de sarape, el "jorongo", que se diferencia del anterior en que lleva en el centro una abertura de treinta centímetros aproximadamente, por la que pasa la cabeza del charro cuando se lo embroca. Dicha abertura recibe el nombre de bocamanga y suele ir lujosamente adornada con botones.

También como abrigo se usa la "ruana", descendiente directa del "ferreruelo" español. Y para protegerse de la lluvia, utiliza la "manga de hule", que tiene la misma forma que el jorongo.

Cuando monta, no ha de faltarle la "cuarta", nombre que se da al látigo, ni mucho menos la "reata", indispensable en grado tal que revela poco conocimiento el solo hecho de no llevarla en la silla. Con la reata han de ir siempre la manilla y los dedos, protectores de mano y dedos contra las rozaduras de la reata.

Un capítulo muy especial merecerían las armas del charro. Su pistola, en cuyo manejo los mexicanos siempre se han distinguido. Su cuchillo, que tanta utilidad le presta, lo mismo para curar a un animal que para arreglar tal o cual imperfección de su arreo o acondicionar una reata. Y, sobre todo, las espadas y machetes, cuyo temple tradicional fué copiado, con tanta habilidad por los artifices mexicanos, de los viejos maestros de Toledo, y cuyas empuñaduras constituyen muchas veces verdaderas obras de arte.

LA SILLA VAQUERA

La silla de montar del charro mexicano lógicamente viene también de la española, a la cual poco a poco se fueron introduciendo las varias modificaciones que dictaban las nuevas necesidades y el espíritu de los componentes de la sociedad naciente.

Ya hemos aludido a cómo el Virrey Velasco inició, por el fuste, la transformación de la silla. El borren delantero y el trasero fueron sustituidos por la cabeza y la teja, indispensable la primera para "amarrar", al lazar, y aun en alguna época para colear, y prestando la última muy señalados servicios al jinete.

La necesidad de arrendar, o sea, enseñar al caballo a obedecer por medio de la rienda, hizo que el bozal de cerda o de reata viniese a sustituir el cabezón y la serreta españoles. Pero el freno continuó siendo el mismo, de tal forma que los frenos conocidos en México como zacatecanos, no sólo son idénticos a los españoles, sus padres, sino también a los árabes, de los cuales proviene el freno español.

Poco a poco fué, pues, adquiriendo la silla vaquera mexicana sus características especiales. El fuste, en nuestros días ha llegado a tomar una especial forma, siendo designado, el más común, con el nombre de Zaldivar, en memoria de D. Juan Zaldivar, que fué su introductor, aun cuando todavía se usaba otro de más recias proporciones, sobre todo en la cabeza, por ser más resistente para el trabajo.

Lleva además la silla los "enreatados", que son comúnmente de cuero blanco y sirven para unir el fuste a las arrollas de los látigos, dándole vuelta a la campana de la cabeza de la silla. Las "contrarreatas" son unos tirantes de cuero que sirven para unir el fuste a las argollas de los látigos, pasando por detrás de la teja. El "látigo" y el "contralátigo" sirven para unir el enreatado a la cincha, y por medio del primero se aprieta la silla, cuanto sea necesario, al lomo del caballo.

La "cincha" puede ser de hilo, de cuero, de cordón o de cáñamo, con una hebilla grande y redonda en cada extremidad, sirviendo para mantener sujeta la silla en el lomo del caballo.

De ambos lados del fuste penden las arcones, hechas de cuero en forma doble o sencilla, y determinadas por el ejercicio de colear, en que sobre ellas se da el recio tirón preciso para tumbar al toro, y por la también necesaria solidez del punto de apoyo para los pies del jinete en todos los movimientos.

A las arcones se encuentran sujetos los estribos, que si bien en la actualidad se usan principalmente en forma trapecial, más anchos de abajo que de arriba, originalmente fueron bastante parecidos a los árabes. Pero con proteger éstos bastante el pie y con protegerlo más aún el español, en México se juzgó necesario agregarles unas tapaderas de cuero, forrado de suela, para que los pies quedasen completamente cubiertos, resguardándolos así de la lluvia, del frío, de las espigas y, muy especialmente, de las patadas de otros animales y de las cornadas y como protección también en las caídas de los caballos. Los estribos, en esta forma, se conservan aún en las sillas usadas para el trabajo.

CABALLO CHARRO

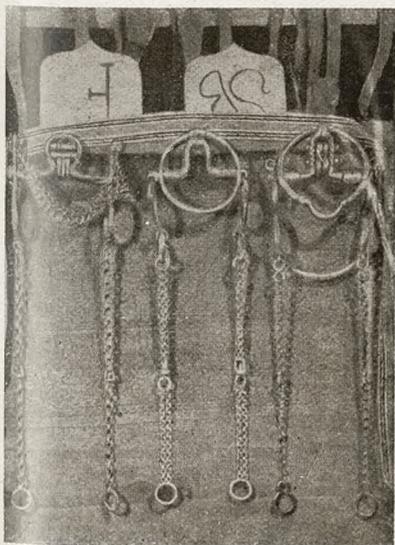
La silla vaquera mexicana lleva también los "bastes", que son dos faldones de cuero, forrados de zalea, que van unidos al fuste por su parte interior, mediante unas correas de gamuza, llamadas "tientos". Estos, que prestan señalados servicios al charro, sirven también para ajustar las "cantinas", que son dos bolsas que van sobre la parte posterior de los bastes, siendo un poco más grandes que éstos.

Otros accesorios lleva la silla vaquera, como la "portacuarta", que sirve para llevar la cuarta: la "alzacincha", rieza también de cuero de donde se suspende la cincha cuando la silla no está en el lomo del caballo. Y otros muchos que el uso de cada región mexicana ha ido introduciendo, según las necesidades impuestas por el clima, los accidentes del terreno, la vegetación o el especial trabajo a que el charro se dedique.

Del caballo charro, poco puede decirse, precisamente por lo mucho que de él podría indicarse, ya que en él todo tiene su lenguaje. Los "aplomos", los colores, las manchas, los remolinos, sus formas en general, indican especiales cualidades o defectos de los que es preciso huir. Pero su descripción ha sido magistralmente sintetizada por D. Carlos Rincón Gallardo en estas palabras: "El caballo charro ha de ser de mediana alzada: un metro cuarenta y cinco centímetros de la cruz al suelo es el tamaño mejor. Que sea ancho, "chaparrón", musculoso, despatarrado, ligero y de mucho hueso". Ha de estar cuidadosamente educado, sobre todo a la obediencia de la rienda, y celosamente cuidado, en su atención diaria, por su propio dueño.

DÍA DEL CHARRO

Para enfrentarse a la ola de olvido de la tradición, de las costumbres y el espíritu charro, nacieron las asociaciones de charros, que, diseminadas por toda la República, se preocupan no sólo de proporcionar a los antiguos aficionados los medios de continuar las prácticas a que estaban acostumbrados, sino que velan por que haya continuadores de la tradición y por que éstos, cuyo aprendizaje necesariamente se ha realizado fuera de los dictados de la vida campestre, no caigan en errores y vicios que degeneren los genuinos matices, con la introducción de elementos exóticos en trajes, monturas y ejercicios.



Y quince años hace que el empeño del Marqués de Guadalupe logró el establecimiento del "Día del Charro", los 14 de septiembre, para que la solemnidad sirviese para hacer trascender a todo el pueblo mexicano la influencia de la institución.

Allá van, hoy, los charros en un intento de conservar no una institución de vano "folklore", sino una escuela de carácter en que se formaron las generaciones mexicanas de un recio y glorioso pasado, y al que tendrán que volver las presentes y las futuras, si desean en verdad el engrandecimiento de la Patria.

No debemos concluir estas notas sin agradecer a D. Carlos Rincón Gallardo el auxilio que nos ha prestado para la elaboración de este reportaje, guiado por su generosidad y por su cariño auténtico a la charrería.

M I G U E L C A S T R O R U I Z

